

**REY  
DESNUDO**  
REVISTA DE LIBROS

## Dossier: Militancias

**Cristina Tortti y Mora González Canosa, *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias* (Rosario: Prohistoria, 2021).**

**Javier Trímboli**

*Universidad Nacional de La Plata*

*javat66@gmail.com*

**1.** *La nueva izquierda en la historia reciente argentina*, libro que es fruto de un intenso proceso de discusión colectiva, presenta una conjugación, que entiendo bastante inusual, entre un marco teórico —o, un poco menos, un concepto, el de “nueva izquierda”—, que no sólo guio las investigaciones sino que logró salir airoso de ellas. Una conjugación, entonces, entre ese concepto que se explicita una y otra vez y que, además, es tratado y problematizado exclusivamente en dos de los artículos aquí reunidos —el primero de María Cristina Tortti y el de Mora González Canosa y Mauricio Chama—, e investigaciones muy precisas, aferradas a situaciones bien delimitadas. Decía “bastante inusual” porque creo no errar al señalar que la historiografía desde hace varias décadas en boga no es especialmente amiga de dejarse marcar sostenidamente por un concepto, así como tampoco de permitir que las afecciones políticas se cuelen en sus resultados más evidentes, en sus escritos. ¿Una contribución de la sociología a la historia? Sí, pero no sólo eso.

Así, por ejemplo, nos enteramos gracias a este libro de la manera en que el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), “el brazo universitario del Partido Comunista Revolucionario” (p. 101) y la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), la izquierda peronista en la UNLP y en La Plata, encarnaban, aunque en una tensión que se analiza, a la “nueva izquierda” en la Universidad de la Plata y entre los estudiantes, entre el Cordobazo y el año 1973. A Nayla Pis Diez le interesa contradecir, al menos en el énfasis, a las interpretaciones generales que señalan que la política, en tanto solución que se pretende revolucionaria y total, a esa altura se anteponía al punto de opacar toda especificidad propia de un campo, en este caso del gremial universitario. No es esto lo que ocurre con FAUDI, que alienta las luchas por reivindicaciones parciales y propias de la vida estudiantil, pero sí con FURN, que entiende que nada puede cambiar en la universidad, dado su rol legitimador de cada una de las formas de explotación vigentes, si antes la transformación no es sustancialmente más amplia y abarcativa.

O percibimos con nitidez inimaginable el proceso de formación del Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) en Santiago del Estero y Tucumán, así como la experiencia del grupo *Dimensión*, una revista y una librería, casi todo articulado por los hermanos Santucho. *Dimensión* y el MIECE (Movimiento Independiente de Estudiantes de Ciencias Económicas) se mueven con entusiasmo renovado entre el quechua y el trotskismo, pero teniendo como antecedente, o ubicándose en la senda, señala Fernanda Volonté, de “La Brasa” de Orestes Di Lullo y Bernardo Canal Feijoo. Tradición y ruptura: de este modo se pone de relieve una riqueza cultural desatendida, de la cual surge el FRIP, esta expresión de la “nueva izquierda”.

En el artículo de Fernanda Tocho se logra apreciar la combinación, imposible que sea tersa, entre el encuadramiento característico en una organización armada y la participación en la gestión del Estado de la provincia de Buenos Aires, participación que buscaba democratizar, dar lugar a los trabajadores en las decisiones y, a la vez, voy con el ejemplo, hacer más y más zanjas para que llegue el agua potable. O sea, una combinación entre la apuesta revolucionaria beligerante y las tareas cotidianas de gestión, de solucionar los problemas de la gente diríamos hoy, que queda muy por fuera del campo de visión de lo que fueron esos años.

Subrayo la riqueza tanto del enfoque que pone en pie a este libro, enfoque que abre con rigor y necesariamente la perspectiva de lo que ocurrió entre 1955 y 1976, que logra desmarcar a esa entera coyuntura del accionar excluyente de las organizaciones armadas, como de lo que cada investigación colocó con precisión en primer plano.

2. Me animo a decir que el campo de investigación sobre el pasado reciente nació en una hora política en la que, en primera instancia desde franjas severamente dañadas, abandonadas y críticas de la sociedad —o sea, no poco exteriores a ella—, y luego desde el mismo Estado, se le devolvió politicidad y carácter revolucionario a la figura del “desaparecido”, a las víctimas del terrorismo de Estado. Y se lo hizo con voluntad de reivindicación, entendiendo que el camino de su lucha —el de la “nueva izquierda”, digamos— era el más justo. O, mejor, que había sido el más justo: pienso sobre todo en el Estado desviado post 2001 por el kirchnerismo, en la inflexión que le agrega a la reivindicación de esa militancia, cuando se considera que esos pasos no se podían seguir literalmente, cuando son moderadas, aunque invitan a desacuerdos incluso estridentes, las políticas efectivas a realizar.

En la gran mayoría de los caminos que recorrió, la investigación sobre el pasado reciente no se propuso desmentir las nuevas conclusiones a las que había llegado un heterogéneo movimiento social y político, sino que les añadió complejidad. Incluso, arriesgo, se retroalimentaron. Por lo tanto, se podría detectar cierta correspondencia o convergencia que incluso permitió que en la investigación todo corriera por carriles que, al mismo tiempo que devolvían racionalidad a los actores y los alejaban de cualquier versión del demonio, no volvían necesario, acorde con las reglas mismas de la producción académica, abrir juicios de valor o juicios políticos.

Si interesa plantear esto es porque es bastante lo que indica que esa relación que fue implícita se rompió. Que lo que se impone, y la película *Argentina, 1985* que tanto nos interesa habla a las claras al respecto, es volver a las imágenes más inocentes sobre ese pasado; perversamente inocentes, estoy tentado de decir, porque suceden no al trauma, no ya a la dificultad de nombrar cuando el aliento del terrorismo de Estado era todavía lo que se respiraba, sino a un proceso político que permitió restarle excepcionalidad y también condición de mero demonio a la dictadura. A

la vez, suceden a lo que ya se sabe, a lo que ya sabemos, sobre la sociedad que hizo nacer y sostuvo a la dictadura y cuyas fojas antes habían nutrido la criticidad de la “nueva izquierda”. Pasan por alto con olímpico desdén lo que ya sabemos de sobra. El éxito en la venta de entradas, en la resonancia en los medios pero también el beneplácito de la misma militancia que hasta ayer había sido reivindicadora de las posturas revolucionarias, y que no podía nombrar dictadura sin adosarle a su carácter militar el civil, dan cuenta de una nueva —y vieja— situación.

No hay relación directa, no hay dependencia rígida, pero cierta legitimidad social y política del campo de investigación se conjugó bien con ese momento argentino, también latinoamericano, me animo a decir pretérito. Y entonces hoy, me parece, corre el riesgo de girar sobre el vacío. Riesgo menor, suavizo, porque la vida académica justamente está hecha para “girar en el vacío” de la cultura (cosa que las investigaciones en general, fuera del campo del pasado reciente, no paran de confirmar). Aun así, entiendo que vale la pena tener en cuenta este riesgo porque la deriva tan sólo académica de toda esta reflexión, por lo tanto, de puertas muy adentro, tan sólo autoabastecida, es una encerrona.

A la par, una pregunta: ¿cómo entender que convivan la complejidad, los matices que se abren con estas investigaciones que para el caso reúne *La nueva izquierda en la historia reciente argentina*, con la simpleza apabullante de *Argentina, 1985*? Leemos y podemos considerar, gracias al capítulo a cargo de Juan Alberto Bozza, cómo la CIA monitoreó, abastecida por el conocimiento aportado por las universidades norteamericanas, el proceso de radicalización de masas, distinguiendo la potencia de la influencia soviética, de la maoísta y la castrista —la más temida— en nuestro continente. Y, claro, monitoreó para intervenir, para impedir que los presagios revolucionarios se realizaran. Sin embargo, escuchamos en la película del año, incluso de varios años, del cine nacional, aunque con participación fundamental de Amazon: “papá, metiste preso a Videla”. Y esto sin contraplano, sin atenuación alguna del reduccionismo histórico y político.

*Argentina, 1985* y todo lo que ella significa hace pensar si la investigación sobre el pasado reciente no se dejó llevar por meandros, no se perdió en laberintos incluso menores. No creo que sea así, pero algunas lecturas sin embargo animan la sospecha que, como sea, no tendríamos que desestimar. A la par, dos preguntas más sin respuesta: ¿quedaríamos conformes si el conocimiento

académico, en particular en relación con temas de esta cercanía —agregaría aquí a la llamada “primavera democrática” — corre por un lado y la imagen que la sociedad hace suya del pasado por otro tan distinto? A la par, ¿toda simpleza es igualmente injusta con el pasado?

3. Leer este libro colectivo, dirigido por María Cristina Tortti y Mora González Canosa y coordinado por Juan Alberto Bozza, atender las tantas precisiones que en él se encuentran, así como cierta obsesión, lleva a pensar qué fue lo que condujo al crecimiento de este campo de estudios, incluso y en particular a este tratamiento que se le otorga desde el enfoque de la “nueva izquierda”. No me convence en lo más mínimo que haya sido tan sólo que había parcelas vacantes, vírgenes, necesarias de recorrer para completar el catastro del pasado argentino. No creo que haya sido una decisión en la que las pasiones políticas e intelectuales no dejaran su huella la que condujo a investigadores e investigadoras abocarse a esta materia. Supongo que hay algo más, incluso me parece estar convencido de que no podría ser sino así.

Se detiene Santiago Stavale en el PRT-ERP más allá de lucha armada, en sus apuestas políticas frentistas que pretendieron incluir de otra manera a la civilidad, en el intento de no aislarse del movimiento de masas y proteger lo alcanzado. Y Mariela Stavale desgaja de la “nueva izquierda” al “alternativismo”, entendiendo al Peronismo de Base como una de sus expresiones fundamentales, posición entonces que discute con el “movimientismo” al que considera preso de los desplazamientos del líder histórico, también —permítannos— de la miopía del “gigante invertido”. Pone de relieve, además, el fenómeno de la “izquierdización” de franjas militantes del peronismo que provienen de la experiencia de la Resistencia, en una inversión relevante, ya que lo usual es pensar la “peronización” de la izquierda o de las capas medias, no esta otra mutación.

Tengo la sospecha de que no fue mera casualidad, no fue *random* como dicen los pibes, que se dedicaran a estos temas. Ahora bien, ¿cómo definir ese plus que condujo hasta acá; me incluyo, que nos condujo hasta acá? El problema: ya no compartimos la creencia que, se sabe, es mucho más que una idea, ya no compartimos la “fe en la revolución” (p. 19), expresión de la que hace uso Carlos Altamirano y que a María Cristina Tortti le interesa rescatar. Pero quizás, arriesgo, seguimos suponiendo que en esa experiencia, la de la “nueva izquierda”, aún hoy se deja ver “el espec-

tro de un mundo que podría ser libre”, tal como lo decía Marcuse y reinstaló en los últimos años Mark Fisher. Libre y también justo.

4. Si en lo que va del siglo XXI, incluso un poco más desde su segunda década, no se para de advertir que el futuro se ve seriamente afectado por una “lenta cancelación”, que se volvió inimaginable por fuera de las reglas de un capitalismo extremo, vale interrogarse en qué medida la “nueva izquierda” no se enfrentó finalmente a una situación que no es muy distinta a esta.

A primera vista no tendría por qué ser así. La “nueva izquierda” se nos impone expresando el instante en el que el horizonte de expectativas, que ya de por sí estaba abierto, lo hacía aún más y se tornaba exigente y palpable. Si en la propuesta de Koselleck lo moderno se define en esa no correspondencia entre un espacio de experiencias y un horizonte de expectativas, a fines de los años sesenta y en los primeros setentas nos encontramos ante el forzamiento, ante un ejercicio de la voluntad política que pretende dar el nuevo paso, un salto, ya que de otra forma las expectativas no tendrían lugar. Escribía Pier Paolo Pasolini en 1975, en un artículo que luego será reunido en *Escritos corsarios*, refiriéndose a los jóvenes que habían protagonizado las movilizaciones que rodearon al '68 y que luego se radicalizaron: “Hoy se ve claro que todo aquello era producto de la desesperación y de un sentimiento inconsciente de impotencia. Cuando en Europa se perfilaba una nueva forma de civilización y un largo futuro de ‘desarrollo’ programado por el Capital (...) se percibió que la esperanza en una Revolución obrera estaba perdiéndose. Por eso se gritó tanto en nombre de la Revolución”<sup>1</sup>. Hannah Arendt lo había planteado un par de años antes, sin la misma angustia y con otros acentos: la “glorificación de la violencia” sería una respuesta a la “severa frustración de la facultad de acción en el mundo moderno”<sup>2</sup>.

A esos enrarecidos contemporáneos nuestros les tocó en suerte vivir la alucinación del horizonte de expectativas, que llevó a creer que la realización del cielo en la tierra exigía un último sacrificio, y la cerrazón del horizonte, su aplanamiento. En ese sacrificio, no obstante, ya estaba la

---

1 Pier Paolo Pasolini, “Los intelectuales del 68: maniqueísmo y ortodoxia de la ‘Revolución del futuro’” en *Escritos corsarios*, (Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2009), 35-36.

2 Hannah Arendt, “Sobre la violencia” en *Crisis de la república* (Buenos Aires: El cuenco de plata, 2015), 185.

sospecha de la cerrazón. Así, su tiempo no es muy distinto al nuestro. Quizás sí es muy otra la desesperación o la forma de tratar con ella.

5. De punta a punta, por lo que dice y no dice, este libro es una invitación a pensar en qué medida los tiempos de la “nueva izquierda” coincidieron con los de los trabajadores, algo así como el respunte más o menos chueco que los liga.

En un artículo sobre el Cordobazo, publicado en la revista *Estudios* en 1994, Juan Carlos Torre plantea que a partir del 17 de octubre de 1945 el poder de la clase trabajadora había sido “sobredimensionado”<sup>3</sup> por el peronismo, sobredimensionado para las reglas de una estructura económica y una experiencia nacional que no habían dado un vuelco hacia el socialismo. Sobre todo a partir de 1955 y el golpe de Estado de la “Revolución Libertadora”, aunque hubo intentos previos, se trató de poner en caja ese poder, de limar el exceso. La Resistencia, pero incluso también el poderoso sindicalismo que se expresó en el nombre de Augusto Vandor, se hicieron fuertes en ese sobredimensionamiento y no quisieron dar el brazo a torcer. Lo que se imagina y proyecta es a partir de ese poder alcanzado, con avance a través de negociaciones y reformas o con salto revolucionario.

El Cordobazo se erigió como el punto de unión entre una deriva y otra; lo que vino después del 25 de mayo de 1973, cuando la incomodidad que al sistema le seguía produciendo ese sobredimensionamiento no iba acompañado de una activación revolucionaria de la clase, de un camino de ruptura anticapitalista, habla del desacople. El artículo de Tortti que cierra el libro, “Voces en *Controversia*: la revisión de la experiencia revolucionaria argentina en la revista mexicana (1979-1981)”, exhibe esto, por ejemplo, en la disposición de Nicolás Casullo “a indagar en las características y en la trayectoria de la izquierda peronista, y en las razones por las cuales ésta se habría ido distanciando progresivamente de la mentalidad y la práctica de los trabajadores” (p. 99).

A la vez, la impresión de que la “derrota” los vuelve a unir.

---

3 Juan Carlos Torre, “A partir del Cordobazo”, *Estudios*, 4 (1994): 17.

6. Por último, quiero compartir algo que planteó allá por septiembre de 2019, inevitable decirlo acentuando la distancia, Horacio González en una larga entrevista que le hacía la Agencia Paco Urondo y que desde que lo leí no dejó de inquietarme: “Hay que reescribir la historia argentina pero no en esa especie de neoliberalismo inspirado en las academias norteamericanas de los estudios culturales, donde hay una multiplicidad graciosa y finita. Sino que tiene que ser una historia dura y dramática, que incorpore una valoración te diría positiva de la guerrilla de los años setenta y que escape un poco de los estudios sociales que hoy la ven como una elección desviada, peligrosa e inaceptable”<sup>4</sup>.

Justamente González hace este señalamiento, me refiero en especial a la reescritura de una historia argentina que haga una “valoración positiva de la guerrilla de los años setenta”, cuando a fines de 1973, como se muestra en el último artículo al que me referí, desde la revista *Envido* llamaba prácticamente a replegarse en una posición “leal” a Perón. Hoy se me ocurre que este desplazamiento sólo se entiende porque la injusticia, la desigualdad y el aprisionamiento del mundo que tan severamente se cuestionó en esos años, los de la “nueva izquierda”, a pesar de lo mucho que se intentó hacer a contramano y por vías siempre moderadas, tan sólo se exacerbó.

---

4 Horacio González, “La cultura es la estructura de todo lo que se hace incluso en materia de economía” entrevista por Ezequiel Palacio. Agencia Paco Urondo, Septiembre 22, 2019. <https://www.agenciapacourondo.com.ar/cultura/horacio-gonzalez-la-cultura-es-la-estructura-secreta-de-todo-lo-que-se-hace-incluso-en>